

## La peste y los terremotos

José Antonio Gay  
1950

La peste de viruela hizo sentir sus estragos en el año de 1779, siendo sus primeras víctimas abandonadas por sus deudos, según la costumbre, en las puertas de San Francisco y otros templos. Se trató de formar un cementerio general, disponiendo para ello del antiguo templo, ya una ruina, del Señor de la Coronación,<sup>1</sup> mas no se llevó a efecto. En el cementerio de catedral se abrieron fosas profundas, y así en otras iglesias, para sepultar los cadáveres de innumerables seres humanos horriblemente deformados por esta asquerosa enfermedad. El Sr. Mayorga, para demostrar su agradecimiento a la ciudad por el magnífico recibimiento que le habían hecho cuando pasó, viniendo de Guatemala, para ir a tomar las riendas del virreinato de México, hizo cuanto estuvo en sus manos para aliviar la desgracia que pesaba sobre ella, destinando, entre otros auxilios, en favor de los apestados, los fondos de los registros de grana.

En 1784, sin duda como resultado de la perturbación y desorden que se habían comenzado a notar en los elementos, especialmente de las extemporáneas y rigurosas heladas, se desarrolló una peste de dolores pleuréticos, que se prolongó dos años, haciendo numerosas víctimas. Como, lejos ceder, se exacerbaba esta dolencia con el tratamiento en uso, se buscó algún otro remedio, que al fin se encontró en una hierba de la tierra.<sup>2</sup> En el año de 86 se promulgó por la Costa Chica, comenzando en Omolotepec, una extraña peste, de que los acometidos morían instantáneamente,

---

<sup>1</sup> El templo de la Coronación se encontraba edificado en el sitio que ocupa la casa que hace esquina en las calles de 20 de Noviembre y Aldama, frente a la iglesia de San Juan de Dios y contraesquina del ángulo suroeste del mercado Juárez Maza (nota de la 2ª edición).

<sup>2</sup> Conocida en Oaxaca con el nombre de Hierba de la Calentura; Caballero, sabio dominico, la describe en las gacetas de México.



ignorándose sus causas,<sup>3</sup> y siendo lo más sensible que en los años siguientes no hubiese desaparecidos del todo, pues aun periódicamente hace estragos en aquella comarca.

Los temblores fueron terribles en el año de 87. El 28 de marzo de este año, a las doce del día, se sintió un espantoso movimiento, que duró cerca de cinco minutos, repitiéndose en la tarde y en la noche, con sacudimientos varios. En Acapulco también se sintió. El mar se vio correr en retirada, y luego crecer y rebosar sobre el muelle, repitiéndole esto varias veces por espacio de veinticuatro horas, al mismo tiempo que la tierra se cernía con frecuentes terremotos. En la playa abierta salieron de caja las aguas del mar, derramándose con fuerza y arrastrando entre sus ondas gran cantidad de ganado, que pereció. Algunos costeños, como el mayordomo de la hacienda de D. Francisco Rivas, regidor de Oaxaca, pudieron salvar sus vidas, encaramándose en los árboles, hasta que se retiraron las aguas. Algunos pescadores, en la barra de Alotengo, a las once horas de ese día, vieron con asombro que el mar se retiraba, dejando descubiertas, en más de una legua de extensión, tierra de diversos colores, peñascos y árboles submarinos, y que, retrocediendo luego, con la velocidad con la que se había alejado, cubría con sus ondas los bosques de la playa en que se internó más de dos leguas dejando entre las ramas de los árboles, al volver a su caja, muchos y varios peces muertos; algunos de los pescadores perecieron, y otros pudieron salvarse, muy estropeados.<sup>4</sup> Hasta el 3 de abril se habían contado treinta y cinco terremotos en Ometepec. En Tehuantepec arruinó el mismo temblor la iglesia del barrio de San Sebastián, rompió los muros del templo principal y fue acompañado por espantosos rugidos del mar, que arrojó a la playa peces y conchas de extraña figura.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Véase *La Gaceta de México* de agosto de 1786.

<sup>4</sup> Carta del alcalde mayor de Igualpa, *Gaceta de México* de mayo de 1787.

<sup>5</sup> Carta del teniente coronel D. Tomás de Moinedo al alcalde mayor de Tehuantepec, *Gaceta de México* de mayo de 1787,



El 29 del mismo mes, por orden del Sr. Ortigoza, se determinó sacar en procesión a la venerada imagen de Nuestra Señora de la Soledad, para aplacar la ira del cielo. Efectivamente, la procesión salió; más al pasar su efigie bajo el arco de la puerta del cementerio, se movió el suelo con extraordinario furor: el arco parecía desplomarse y la clave caer sobre la cabeza de la Santísima Virgen: entonces se oyó un grito que arrojaban aquella multitud angustiada. La perturbación de todos fue tal, que no pudo continuar la procesión retirándose a su templo la santa estatua.

El siguiente día, Viernes de Dolores, 30 de marzo, a las once de la noche, se sintió otro terremoto más fuerte que los precedentes. El Martes Santo, 3 de abril, a las nueve de la mañana, se sintió otro más fuerte aún que los anteriores: el movimiento fue tan grande, que las piedras saltaban del suelo, ni podían las gentes tenerse en pie. Las torres de San Francisco cayeron al suelo y la misma suerte corrieron otros muchos edificios, maltratados ya en extremo por las sacudidas de los anteriores días. Las gentes abandonaron sus casas, dejándolas abiertas con todo cuanto poseían, y se retiraron a las plazas y al campo, durmiendo en chozas de zacate o bajo de tiendas permaneciendo así cuarenta días, que duraron los terremotos. El corregidor que era D. José Mariano del Llano, sacó a los presos de la cárcel, para que no perecieran bajo los escombros, dictando otras providencias muy acertadas en las circunstancias, y de que la ciudad le quedó vivamente reconocida.<sup>6</sup>

Dos circunstancias se hicieron notables en estos terremotos, que fueron llamados de San Sixto: la una, que nadie se aprovechó del terror común y del abandono en que quedaron por muchos días los intereses de todos, para cometer el más pequeño hurto: prueba de la moralidad de aquellos tiempos, que aún se recuerda con tristeza por la generación presente, que está muy lejos de aquellas buenas costumbres, cuya pérdida

---

<sup>6</sup> Estos terremotos se extendieron igualmente a Puebla y México. Véase los días de José Gómez, p. 266 y ss. Y la continuación de *Los tres siglos de México*, por Carlos María Bustamante.



con razón se lamenta.<sup>7</sup> La segunda cosa notable se encuentra consignada en la continuación de la Historia de tres siglos, de Cavo, por Bustamante, a cuya autoridad me refiero en lo que valga al referir el hecho siguiente: En la casa de D. José Alonso Romero, escribano de cabildo a la época de los temblores, se encontraba hospedado el cura de Yolox, D. José Arce. El 28 de marzo, poco antes del primer terremoto, llamó a cuantos habitaban la casa, y los sacó a la calle, anunciándoles el peligro a que en breve se iban a ver expuesto: el hecho confirmó el vaticinio. Este cura se fue a vivir a la plazuela del Carmen, como otros muchos, y allí era el común oráculo, prediciendo con seguridad y exactitud la hora en que había de temblar la tierra, y si el temblor había de ser fuerte o suave. El mismo explicó el modo con que conocía esto, por cierto ruido interior que sentía en la cabeza y que tenía bastante regulado para no errar en sus vaticinios, sin pretender por lo mismo que lo tuviesen por adivino.

Estos terremotos fueron precedidos y seguidos de otros, que no se pueden referir, uno a uno, por su excesivo número, tal que se llegó a decir que en todo el año de 87, apenas había pasado día sin algún sacudimiento, siendo preciso limitarse a dar noticia de los más estragosos, los que además, se entretajeron con algunos fenómenos naturales dignos de recuerdo. El 15 de diciembre de 1783 cubrió los campos de Teotitlán del Valle una gran nevada, muy extraña sin duda en aquellas latitudes. Fue acompañada de ruidos subterráneos y seguida de copiosísimos aguaceros, que no fueron menos dañosos a las sementeras que la tenaz sequía de los meses anteriores.<sup>8</sup> Repentinamente se suspendían por muchos meses las lluvias y extemporáneamente sobrevenían, con tal abundancia, que las calles se transformaban en ríos y las casas quedaban inundadas. Calores extraordinarios, heladas rigurosas, huracanes deshechos, descargas espantosas

---

<sup>7</sup> Es oportuno aclarar que durante los terremotos que en 1928 y 1931 abatieron la ciudad, la conducta observada por el pueblo fue igualmente ejemplar.

<sup>8</sup> *Gacetas de México* de mayo de 1783.



de piedra y tempestades acompañadas de prolongados ruidos subterráneos, tenían de continuo atemorizados los ánimos.<sup>9</sup>

El 23 de mayo de 1793 se cubrieron los montes vecinos a la ciudad de una neblina espesa, de modo que no se veían: parecía una lluvia nutrida. El sol alumbraba con luz rojiza y opaca, como cuando se eclipsa por la interposición de la luna. A las dos de la tarde cayó una llovizna delgada, que poco después se advirtió era ceniza de que se cubrieron las calles, cementerios y azoteas. El día 24, los montes se mantuvieron con el mismo aspecto y la ciudad con iguales nublados, esperándose que, como el día precedente, lloviese ceniza.<sup>10</sup> Se presumió con fundamento que tales cenizas hubiesen tenido su procedencia del volcán de Tuxtla<sup>11</sup> que en los días 22 y 23 del mismo mes las arrojó en grandes nubes, que cayeron en su mayor parte sobre los campos vecinos. El 2 de marzo del mismo año las había vomitado también como muchos truenos y estragos de llamas, pero las cenizas habían seguido distinta dirección alcanzando grande distancias [...]<sup>12</sup>

Entretanto, los terremotos continuaban repitiéndose con mucha frecuencia. En 1794, las lluvias se retardaron hasta que las rompió, en julio, un fuerte sacudimiento. El que aconteció el 23 de marzo de 95 fue tan fuerte, según algunos, como el que había desolado a Oaxaca en 87. Los fuertes edificios de Santo Domingo y el Carmen, que ningún daño habían recibido en éste, se quebrantaron en el de 95, que también rompió el templo de la Consolación, ya lastimado por una descarga eléctrica.

Fuente: Gay, José Antonio, *Historia de Oaxaca*, México, Talleres V. Venero, 1950, p. 467-474 (selección). Recuperado de Dalton, Margarita. (Comp.) *Oaxaca. Textos de su Historia*, t. I. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990. p. 128-132.

<sup>9</sup> Véase en las *Gacetas de México* todas estas noticias.

<sup>10</sup> Gaceta de México de mayo de 1783.

<sup>11</sup> El volcán de San Martín, que es al que se refiere el autor, está situado en la serranía del ex cantón de los Tuxtla en el estado de Veracruz (nota de la 2ª. Edición).

<sup>12</sup> *Gaceta de México* de julio de 1783.

